

2013 Retirement Collection

Homily Helps

December 8, 2013, Second Sunday of Advent

Mass readings: Is 11:1-10; Rom 15:4-9; Mt 3:1-12

www.catholicfoundationgb.org/give

www.retiredreligious.org

This week, we continue with our preparations for the advent, or “coming,” of the Lord. We await, with joyful and expectant hope, the birth of our Savior. We also prepare for when Jesus Christ will come again to bring about the kingdom of heaven for all time. Our first and second readings give us a glimpse of what this kingdom will look like, while our gospel passage reminds us what we must do to enter it.

Today’s first reading is not only familiar but also incredibly comforting. The prophet Isaiah tells us of the world we all long for: a world of limitless peace—a world where natural-born enemies, like wolves and lambs, live together in harmony. We learn that this world is made possible by a shoot from the tree, or family, of Jesse (Is 11:1). This descendent will be the ideal king. We’re told, “The spirit of the Lord shall rest upon him” (Is 11: 2), allowing him to govern with justice and faithfulness. Perhaps most remarkably, we learn that this perfect king is not just for the Jews. “On that day, the root of Jesse, set up as a signal for the nations, the Gentiles shall seek out, for his dwelling shall be glorious” (Is 11:10). Isaiah’s prophesy is of a king who will bring peace to the whole world.

In our second reading, St. Paul addresses the Christian community in Rome. He prays that God will give them the grace to live out the harmony described by Isaiah, the harmony that is “in keeping with Christ Jesus” (Rom 15:5). Paul, too, emphasizes that Christ came for all and instructs them to “welcome one another, then, as Christ welcomed you, for the glory of God” (Rom 15:7). Our first two readings may tempt us to focus only on the glory and peace of the kingdom, forgetting our own role in building up that kingdom. But in our gospel passage, the words of John the Baptist shake us from our complacency. John reminds us that in order to enter the kingdom of which Isaiah speaks, we must turn our lives completely to Christ. We must repent, not just in word but in a complete conversion of our hearts, minds, and souls. We can’t just go through the motions, as the Pharisees and Sadducees did.

The good news of Advent is that God does not expect us to accomplish these changes all on our own. Rather, he is sending his only Son to offer the gift of salvation. The world of limitless peace foretold by Isaiah is made possible by the limitless love of the Savior, who died for our sins. God gives us the grace to turn away from those thoughts and actions that keep us separated from him and from one another. We must accept and embrace the gift of grace that he is offering.

God also helps us to cooperate with grace by giving us the Holy Spirit. We see the Holy Spirit present and at work in the lives of those who answer God’s call to greater holiness, and their witness helps us to do the same. Catholic sisters, brothers, and priests are among those who have answered this call. Like John the Baptist, they have made a conscious choice to lead lives apart—lives totally focused on serving God and his people. Their example, whether it be ministering in our parishes, in foreign missions, running soup kitchens, or offering pastoral care to the sick and imprisoned, has inspired many of us to lead God-centered lives. Those who went to Catholic school may recall the guidance, encouragement, and prayers of a special sister or brother. Along with our parents, this person was instrumental in helping us form a lasting relationship with God.

Today in our diocese we remember our retired priests, sisters and brothers in the Retirement Collection. Across the nation, there are more than 34,000 sisters, brothers, and priests in religious orders who are past age 70. In our own diocese, the majority of our priests are now senior priests. Many of these selfless women and men continue to minister—sometimes into their 80s and even 90s, doing whatever they can to help the People of God. Others are frail and in need of assistance.

So I ask you to be as generous as you can. I also ask for your prayers. Know that women and men religious, as well as our diocesan priests, are exceedingly grateful for every dollar shared and that they pray for you constantly. This Advent and always, may we all continue to strive for the radical conversion that will lead us to the kingdom of heaven.

Esta semana, continuamos con nuestras preparaciones para el adviento o “venida” del Señor. Estamos a la espera, con gran alegría y esperanza, del nacimiento de nuestro Salvador. También nos preparamos para cuando Jesucristo venga otra vez para traer el Reino de los Cielos para siempre. La primera y segunda lecturas nos dan una idea de cómo será este Reino, y el pasaje del Evangelio nos recuerda lo que debemos hacer para poder entrar en él.

La primera lectura de hoy no sólo es familiar, pero también es increíblemente reconfortante. El profeta Isaías nos habla del mundo que todos deseamos: un mundo de infinita paz, un mundo donde los enemigos natos, como los lobos y los corderos, viven juntos en armonía. Nos enteramos de que este mundo es posible gracias a un renuevo del árbol o de la familia, de Jesús (Isaías 11,1). Este descendiente será el rey ideal. Se nos dice que “Sobre él se posará el espíritu del Señor” (Isaías 11, 2), lo que le permite gobernar con justicia y verdad. Tal vez lo más notable, nos enteramos de que este rey perfecto no es sólo para los judíos. “Aquel día la raíz de Jesús se alzará como bandera de los pueblos, la buscarán todas las naciones y será gloriosa su morada” (Isaías 11,10). La profecía de Isaías es de un rey que traerá la paz al mundo entero.

En la segunda lectura, San Pablo habla a la comunidad cristiana en Roma. Le ruega a Dios que les conceda la gracia de vivir la armonía descrita por Isaías, la armonía que “conforme al espíritu de Cristo Jesús” (Romanos 15,05). Pablo también hace hincapié en que Cristo vino para todos y los instruye así: “acójense los unos a los otros como Cristo los acogió a ustedes, para gloria de Dios” (Romanos 15,7). Nuestras dos primeras lecturas pueden tentarnos a centrarnos solo en la gloria y la paz del Reino, y olvidarnos de nuestro papel en su construcción.

Pero en el pasaje del Evangelio, las palabras de Juan Bautista nos sacuden de nuestra complacencia. Juan nos recuerda que para poder entrar en el Reino del que habla Isaías debemos entregar nuestra vida por completo a Cristo. Debemos arrepentirnos, no sólo de palabra, sino en una conversión completa de nuestros corazones, mentes y almas. No podemos hacer las cosas rutinariamente al igual que las hacían los fariseos y los saduceos.

La buena noticia de Adviento es que Dios no espera que logremos estos cambios por nuestra cuenta. Más bien, está enviando a su Hijo único para ofrecernos el don de la salvación. El mundo de paz sin límites predicho por Isaías se hace posible por el amor ilimitado del Salvador que murió por nuestros pecados. Dios nos da la gracia para alejarnos de los pensamientos y acciones que nos separan de él y de los demás. Debemos aceptar y acoger el don de la gracia que está ofreciendo.

Dios también nos ayuda a cooperar con la gracia dándonos el Espíritu Santo. Vemos al Espíritu Santo presente y operante en la vida de aquellos que responden al llamado de Dios a una mayor santidad, y su testimonio nos ayuda a hacer lo mismo. Hay hermanas, hermanos y sacerdotes católicos que respondieron a este llamado. Al igual que Juan Bautista, han tomado la decisión de vivir en forma diferente –una vida totalmente centrada en el servicio a Dios y a su Pueblo. Su ejemplo, ya sea sirviendo en nuestras parroquias y en misiones en el exterior, dirigiendo comedores públicos u ofreciendo atención pastoral a los enfermos y encarcelados, ha inspirado a muchos de nosotros a llevar una vida centrada en Dios. Los que fueron a un colegio católico pueden recordar la orientación, el aliento y las oraciones de un hermano o hermana especial. Junto con nuestros padres, esta persona fue instrumental en ayudar a formar una relación duradera con Dios.

Hoy en día en nuestra diócesis, recordamos en la Colección de Retiro a un grupo especial de personas que han transitado con nosotros en la senda de nuestra fe: hermanas y hermanos católicos y sacerdotes, de órdenes religiosas y diocesanas, ahora de edad avanzada. En todo el país, hay más de 34,000 hermanas, hermanos y sacerdotes de órdenes religiosas que son mayores de 70 años. En nuestra propia diócesis, la mayoría de nuestros sacerdotes son ahora ancianos de los sacerdotes. Muchos de estos hombres y mujeres abnegados continúan ministro-a veces hasta los 80 años y hasta los 90, haciendo todo lo posible para ayudar al pueblo de Dios. Otros son frágiles y necesitados de ayuda.

Así que les pido que seas tan generoso como sea posible. También pido por sus oraciones. Sabemos que las mujeres y los hombres religiosos, así como los sacerdotes diocesanos, son sumamente agradecido por cada dólar compartida y que oran por ti constantemente. Este Adviento y siempre, que todos podamos seguir luchando por la transformación radical que nos lleve al Reino de los Cielos.